

La fobia y lo femenino

María Antonieta Izaguirre

maria_izaguirre@yahoo.com.

Psicóloga clínica. Profesora jubilada de la Escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela. Miembro del Foro del Campo Lacaniano de Venezuela (FLCV). Psicoanalista A.M.E. de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano (EPFCL). Miembro de la asociación Le Pari de Lacan (Francia).

Resumen

La fobia es un tema que concierne a la teoría psicoanalítica, a la clínica y a la dirección de la cura. El objeto fóbico lo consideramos un significante que se escoge para localizar un peligro y construir una defensa frente a la angustia. Es el recurso del sujeto con el fin de que el mundo sea vivible. La fobia es una condición de la emergencia del sujeto en su encuentro con el lenguaje y con la castración materna. En este espacio abierto que busca ocupar el objeto fóbico se vislumbra lo femenino.

PALABRAS CLAVE: fobia, significante, lo femenino, castración materna

Abstract

The phobia is a subject that concerns the psychoanalytic theory, the clinic and the direction of the treatment. We consider the phobic object a signifier which is chosen to identify a danger and build a defense against anxiety. It is the subject's resource in order for the world to be livable. The phobia is a condition of the subject's emergency in his encounter with language and with maternal castration. In that open space that seeks to occupy the phobic object, the feminine is envisioned.

KEYWORDS: phobia, signifier, the feminine, maternal castration

¿Quién no ha conocido ese afecto que conocemos como angustia? ¿Quién no lo ha vivido? ¿Para cuántas personas no es, acaso, compañía permanente? Unas palabras que ilustran muy bien el estado de angustia la encontramos en una nota escrita por Edvard Munch en 1892 acerca de la situación que daría origen al cuadro *El grito*.

Iba caminando con dos amigos por el paseo, el sol se ponía, el cielo se volvió de pronto rojo, yo me paré, cansado me apoyé en la baranda, sobre la ciudad y el fiordo azul oscuro no veía sino sangre y lenguas de fuego, mis amigos continuaban su marcha y yo seguía detenido en el mismo lugar temblando de miedo y sentía que un alarido infinito penetraba sobre la naturaleza” (Miranda et al, 2013: 778)

La angustia como motivo de consulta viene, a veces, bajo el título de ataque de pánico. Desde el psicoanálisis nos aproximamos a ese padecer de otra forma, a fin de que se revele lo que podría considerarse el núcleo del síntoma: la fobia.

Tomar consciencia de la división del sujeto y del recurso a la fobia para arreglárselas con la falla estructural, es acercarse durante el propio recorrido analítico, siempre doloroso, a lo real en juego. Y es una de las claves para que una o un psicoanalista pueda, luego, acompañar a otras y otros a dar ese primer paso del largo viaje que es un análisis.

Hemos constatado que la angustia es compañera de los niños y niñas, como consecuencia de la inmersión en el lenguaje. En ciertos momentos de la infancia se puede sufrir de lo que llamaríamos fobias transitorias: miedo a estar solo o sola, miedo a la oscuridad y a la noche, a los fantasmas, a los ladrones, las cuales solemos encontrar al comienzo de la etapa edípica para la niña y, en el varón, hacia el final de la misma. Transitorias porque si el padre está en un buen lugar se resuelven sin mucha dificultad. Me refiero a estar en un buen lugar en la estructura del Edipo.

Por otro lado tenemos la fobia infantil, expresión de lo que será la forma de la neurosis infantil de ese sujeto; en algunos casos los temores particularmente agudos convertidos en fobia desaparecerán, aunque dejarán una huella que aparecerá en las asociaciones, en los sueños, en los actos fallidos, o en cualquier otra formación del inconsciente. En algún momento surgirá el significante de la fobia y escapará a la represión para apuntar a lo real. Así lo ilustra Diana Rabinovich con el caso de un hombre que, luego de unos años de análisis, recordó, a raíz de un sueño en el que aparece un ratón, una fobia a los ratones o al ratón, la cual perduró durante todo su periodo de latencia. El significante empleado en Venezuela para el malestar posterior a una borrachera, “ratón”, facilitó con su aparición el análisis de ese trozo de real que es el objeto a, núcleo de su fantasma (Rabinovich, 1983).

En general esta fobia infantil evolucionará hacia una forma clínica, lo que hace decir a Lacan que la fobia es una plataforma giratoria cuyo eje apunta hacia dónde se va a orientar el deseo. En sus palabras:

La fobia no debe verse en absoluto como una entidad clínica, sino como una placa giratoria (...). Ella vira muy frecuentemente hacia los dos grandes órdenes de la neurosis, histeria y neurosis obsesiva, también realiza la unión con la estructura de la perversión (Lacan, 1962: 280).

El fóbito o la fóbita suele ser alguien con temores, a veces mal disimulados, que aborda al mundo y al otro en una relación de intimidación: hay en el espacio exterior algo que lo amedrenta, pero debe compartir el mundo con este objeto del temor, matizado, a veces por el asco. No le queda otro remedio que vivir en compañía de este miedo que va acompañado de sentimientos de finitud, pequeñez o minusvalía.

Es un sujeto incansable en la búsqueda de la causa secreta y la escena escondida que explique este temor absurdo que escapa a todo pensamiento racional. Isabelle Morin (2015) señala que el o la analizante, una vez desactivada la fobia núcleo de la neurosis, podrá saltar más allá del límite fijado por el objeto fóbito creándose una oportunidad para el lazo social permitiéndole avanzar en la vida con los otros.

| 13

El temor al objeto aversivo se inaugura con el pánico y se manifiesta por una actitud de huida y de evitación del objeto de horror. Es curioso, tal como apunta Freud en el emblemático caso de Juanito –uno de los cinco historiales freudianos– que ese objeto de temor, el caballo fue, inicialmente, un objeto del placer. La evitación será la defensa frente al deseo; ella coloreará su deseo como prevenido. Como lo sabe muy bien el sujeto fóbito, en su síntoma se conjugan cuerpo y mirada. En un momento se viven las sensaciones corporales tumultuosas conjuntamente con la mirada retenida por este objeto, el objeto fóbito, al que se quiere fuera de la vista, a la vez que se lo anticipa continuamente.

Ilustrémoslo con un fragmento del análisis de un caso fóbito, la señora M:

Apenas entré en la cafetería, vi a un ratón deslizarse entre los estantes frente a la caja. Puse tal cara que la cajera me preguntó qué sucedía. Sentí que me encogía y apenas pude responderle. Me creyó y llamó a un empleado, a veces creo que no me van a creer, pensarán que estoy loca. Solo yo lo veo. Todo siguió igual, la gente siguió igual, el mundo no se detuvo. Me retiré pero no pude comer nada de lo que había pedido y pagado, salí de allí lo más pronto posible. Ya no me acerco más a ese lugar, y lo peor, no compraré nada en esa calle, ni en los alrededores. Estaré pendiente por si acaso veo alguno.

Para todo ser hablante hay un corte entre un dentro y un afuera, entre lo familiar y lo extraño, entre el en sí mismo y el otro. En la condición de la fobia, este en sí mismo se rompe por la intromisión de algo nocivo, del objeto fóbigeno. La intranquilidad invade al sujeto, el mundo interior se ve amenazado por un fragmento del exterior – *unheimlich*– la emergencia de lo siniestro, diría Freud en 1919. Esto que irrumpe no puede enunciarlo, no puede identificarlo y no sabe cómo y por qué podría perjudicarlo. Allí aparece el límite artificial: un ascensor, un avión, un perro y su mordedura, un caballo, una cucaracha, una mariposa, una araña, un ratón, un puente, las ventanas, una mancha, un sonido peculiar, la salida a la calle, la multitud, el enrojecimiento, y la lista sigue, acompañada de la contracción, la taquicardia, la parálisis o la huida, el pánico, la terrible vivencia del horror. En psicoanálisis tenemos un nombre para el horror: la castración y la castración del Otro.

Hemos utilizado una serie de palabras como temor, miedo, terror, pánico, angustia, palabras con las cuales suelen describir la condición de la fobia quienes la padecen. Lo que tienen en común es que todas expresan actitudes emocionales que aluden a una situación de peligro externo y/o interno, a la posibilidad de una situación que se presente que va a sobrevenir. El temor implica una situación donde alguien, que no es el sujeto, detenta un poder. Para el terror y lo que llamamos pánico no hay denominación posible, es un sin nombre, se significa como lo siniestro, el daño, la malignidad, es el estado que sobreviene cuando se cae en una situación peligrosa sin estar prevenido. Si bien el miedo apunta a un objeto preciso y conocido, percibido como una amenaza que provoca la huida, la angustia es algo que no tiene un objeto aparente pero, como plantea Lacan, la angustia no es sin objeto, porque el objeto del cual se trata va más allá del objeto fóbigeno, el cual solo tendrá el valor de significante comodín. Hay una sustitución del objeto que angustia por el objeto que asusta recuerda Lacan (2008: 280). Y el objeto de la angustia es esa construcción que Lacan denominó objeto a, cuya función es justamente poner un velo al horror y al vacío y levantado ese velo no hay nada que oculte el vacío.

En mi experiencia con adultos he encontrado mayor número de sujetos femeninos que masculinos que sufren o han sufrido fobias, aunque evidentemente, no es condición exclusiva de un género particular. Sin embargo, en mi experiencia con niñas y niños con un cuadro fóbico los varones han constituido la mayoría. Por ello me llamó la atención el libro de Isabelle Morin titulado *La fobia, lo viviente, lo femenino*, pues toca un punto sobre el que me interrogaba: el lugar que toma lo femenino, en el sentido de lo no representado, en el nudo que es la fobia.

No me es posible en esta oportunidad exponer con detalle las elaboraciones freudianas y lacanianas sobre la fobia. Me limito a resaltar en forma sucinta parte de esas enseñanzas que serán el puente para tratar el asunto de la fobia y lo femenino.

“El miedo tiene un inconsciente”

Con esta frase Paul-Laurent Assoun (2000) inicia su descripción y análisis de las fobias bajo una mirada psicoanalítica. En su lectura podemos precisar tres momentos en el recorrido freudiano sobre la fobia. Un primer tiempo entre 1892 y 1909, en el que Freud leerá la realidad de la angustia en la multiplicidad de los miedos que el discurso médico había clasificado y nombrado. Recogiendo los frutos de su clínica y de la teoría del inconsciente, Freud demuestra el componente fóbico de la histeria: la fobia es la manifestación paroxística de esta forma angustiosa y no conversiva de la histeria. Si la fobia entra en el cuadro de la histeria, no escapa entonces al origen sexual, a los mecanismos de la represión, a los procesos de identificación. Veamos un ejemplo en la carta que le dirige a Fliess el día 17 de diciembre de 1896:

Estoy muy contento de que hayas aceptado como clave la explicación de la angustia. Quizás no te haya comunicado todavía los análisis de varias fobias (...) Al mismo tiempo me he topado con toda clase de pequeñas explicaciones en mi propio campo de labor. Así, por ejemplo, pude confirmar una antigua sospecha sobre el mecanismo de la agorafobia en la mujer (...) Es la represión del impulso de juntarse con el primero que se les cruce en la calle: envidia de la prostituta e identificación con ella (Freud, 1973: 3.556)

| 15

Este momento está envuelto en una primera teoría de la angustia, muy ligada a una fuerte influencia neurológica y la utilización del principio económico que lo lleva a considerar a la angustia como proveniente de la represión. La excitación sexual acumulada e interferida en su descarga encuentra su salida sustitutiva en forma de angustia. La angustia surge como transformación de la libido retenida, la cual se transforma en angustia. Así, la fobia está definitivamente asociada al miedo y a la angustia, solo que hay una confusión respecto a saber de cuál peligro se trata: real o pulsional.

Un segundo momento, comenta Assoun, tiene que ver con el encuentro con Juanito, el hijo de uno de sus alumnos y cuyo análisis lo recoge en un historial titulado “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” publicado en 1909. El caso le enseña a Freud sobre la subjetividad edipiana de la fobia, el lugar del padre y la madre en la construcción de los síntomas. Así, pasa de la psicopatología de la fobia a una clínica del sujeto de la fobia y la significación de la fobia en su causalidad inconsciente. La fobia le ha servido para ilustrar la articulación entre el Edipo y la sexualidad infantil, y cómo la estructura edípica regula los avatares de la vida amorosa.

Un tercer momento lo ubicamos a partir de 1920; con el ejemplo de la fobia Freud va a elaborar una segunda teoría de la angustia. En *Inhibición, sintoma y angustia* (1926), la angustia no proviene de la defensa, represión, sino que origina

la defensa por otro lado, alejándose así del principio económico y resaltando el principio estructural dentro del marco del conflicto. A partir de este momento y hasta los trabajos finales, Freud le dará mayor importancia a la castración como causante de la angustia. En especial la castración materna.

“El cristal significativo de la fobia”

Lacan, en lo que fue su retorno a Freud, ubicará, a partir de 1953, la fobia en el marco de las relaciones del lenguaje con la palabra y propondrá la tesis del inconsciente estructurado como un lenguaje. Además, en la vía de sus tres para construir la subjetividad, imaginario, simbólico y real, ubica al falo como significativo de la falta, significativo del deseo. Así, en 1957, el objeto fóbico pasa a constituirse en significativo comodín, producto de los mecanismo de la condensación y el desplazamiento, metáfora y metonimia. El caballo, objeto fóbico de Juanito, es el síntoma como defensa, quedará como “los blasones de la fobia”, defensa frente a la castración. La fobia se desenvolverá trazando sus caminos por el cristal significativo. En el caso de Juanito tenemos los significantes caballo, mordida, madre, boca, sucesivas cristalizaciones de una configuración significativa.

16|

La cuidadosa lectura del caso de Juanito en el transcurso del seminario sobre *La relación de objeto* (1956-1957) aporta nuevos elementos para acercarse a una aproximación teórica de la fobia. No es el temor al padre que arrastra la fobia sino que es la ausencia de la dimensión castradora del padre, el lugar que le otorga a la madre en su deseo y el peligro, para el niño, de ser tragado por el deseo materno. En fin la importancia de un padre interventor en la relación madre-hijo. El asunto de la castración maternal toma una gran relevancia en la construcción de la subjetividad. Para Juanito, o para Sandy (esta última es un caso presentado por Anneliese Schunrmann, una psicoanalista inglesa) el asunto es cómo desear si se trata de afrontar el temor de ese abismo que es la percepción de la falta (de pene) en la madre. La fobia viene a inscribirse en esta problemática fálica, ya que su desencadenamiento, tanto para la niña como el niño, se inaugura desde el momento que se percibe lo que a la madre le falta. Estamos hablando del juicio que tanto el niño como la niña hacen a partir de lo que perciben; sabemos que a la mujer no le falta nada. Por ejemplo, en el caso de Sandy, una chiquita inglesa, la fobia se inaugura desde el momento que percibe a su madre como desfalleciente, cuando su brillo fálico está apagado (Lacan: 1994).

Este subrayado de Lacan sobre la madre, dará lugar a lo que años después va a elaborar sobre la sexualidad femenina y la feminidad. Si Freud en su estudio sobre la fobia deja en suspenso la dimensión de lo femenino de la madre, Lacan lo va a retomar desde allí.

“La fobia y lo femenino”

Así titula Isabelle Morin (2006) un largo capítulo que dedica al tema. Con la intención de interesar a quienes lean este texto esbozaré los puntos relevantes de esta vertiente de la aproximación a la fobia, así como su importancia en la comprensión del cuadro clínico y en la dirección de la cura analítica. Me es imposible en este corto recorrido sobre las elaboraciones de esta psicoanalista francesa abordar todos los detalles en los que ella ahonda para sostener su hipótesis sobre lo femenino y la fobia. Es muy interesante la explicación en torno a las pulsiones y, en especial, tanto lo concerniente a las pulsiones de vida y muerte, como a la problemática del goce suplementario y lo femenino y, por último, la importancia del Nombre del Padre y del padre real. Me contentaré, por los momentos, con una vuelta sobre lo femenino como ese espacio de vacío que va a ser defendido con la fobia

El desarrollo teórico tiene su marco de referencia en los aportes de Freud y de Lacan, tomando de este último las elaboraciones sobre la sexualidad femenina y lo relativo a la sexuación tal como aparecen en el Seminario XX, *Aún*.

Para el desarrollo del capítulo I, Morin destaca dos momentos cruciales en lo relativo a la fobia y a la constitución psíquica: el encuentro con el deseo de la madre que, a menudo, hace existir lo femenino y la alteridad situada en el Otro maternal. Encuentro que tiene dos tiempos: el primero el de la irrupción de lo sexual en el niño o la niña, que, en esos primeros años de la vida, es algo intraducible e irrepresentable. A eso la autora llamará lo viviente (Morin, 2006: 229) y que constituye un intratable –por la palabra que no hay– y ante lo cual se erige una defensa. Es el tiempo de la fobia estructural que es una condición de la emergencia del sujeto dividido por el significante. El segundo tiempo es aquel al que se confrontan, respectivamente, Juanito y Sandy y en el que se percibe lo femenino en la madre, un enfrentamiento con la falta maternal; el sujeto, ya dividido por el significante, ahora está también dividido por la castración materna. En general esta falta en la madre es vivida como un desfallecimiento del Otro, hasta ese momento tan poderoso e importante para el niño, tanto en la satisfacción de sus necesidades como en el amor que le brinda, en su imagen; esa forma de desfallecimiento es una de las figuras de la castración, es la forma como la aprehensión de lo femenino queda colgada de la aprehensión de la castración materna.

En el infante, la estructura del sujeto dependerá del encuentro con “la falta de pene en la madre” de la cual deducirá la castración. Lo cual, cuando se llega a recordar, será vivido como un encuentro con lo impensable en la vida subjetiva. Es un fracaso de la certitud fálica con la que han vivido el niño y la niña. Introduce la diferencia de los sexos, lo cual es universal, pero, a la vez, introduce lo particular

de cada uno, pues cada quien se organizará en términos de la defensa escogida. La respuesta del sujeto ante este encuentro es decisivo, ya que va a constituir su realidad psíquica, es lo singular, pues cada quien se inventa una manera para tratar aquello de lo real que se resiste a entrar en lo simbólico. En la neurosis el sujeto se comprometió por la vía de la represión como defensa fundamental. En otras estructuras clínicas es diferente.

La hipótesis que lleva adelante esta autora es que en el espacio abierto por la fobia es donde se vislumbra lo femenino, aquel del deseo con las consecuencias y riesgo que ello implica. Morin reitera que frente a algunos colegas que insisten en que el espacio de la fobia es aquel del padre, ella piensa que la castración paterna esconde siempre la castración materna. Establecer esto implica tanto a la clínica como a la salida de un análisis. Se sale de la fobia, no con las insignias del ideal del yo, sino en un franqueamiento de un más allá del padre (Morin, 2006: 231)

Morin precisa, y en eso se apoya en el Lacan del *Aún*, que lo femenino no se reduce a las mujeres, y aunque necesita ser encarnado, ellas serán más aptas en ese sentido. Lo femenino es la alteridad misma que va contra la inclinación del Uno fálico. Lo femenino concierne a cada ser humano, hombre o mujer, de allí que sostenga que el estudio de la fobia puede decir algo al respecto.

18|

Buscando el lugar simbólico de la mujer y lo femenino en la cultura y en la historia, como objeto que erotiza el deseo y, a la vez, se le teme, recoge investigaciones etnográficas y antropológicas de los mitos y leyendas de pueblos africanos y hace una relectura cuidadosa de los clásicos griegos y del Libro del Génesis. Se nutre de textos freudianos como “El tabú de la virginidad” en el cual Freud describe cómo el referido tabú es una de las modalidades que inventa la cultura para proteger al hombre del acto del nacimiento. Lo femenino, para un cierto número de mitos, está entre el modo de la discordia y de la desgracia. Un ejemplo de ello es el mito de la caja de Pandora. Hay una trama entre la seducción erótica y los peligros que acarrea. Pero también, y esto es muy interesante, el segundo hilo del tejido de los mitos, es la relación de las mujeres con el lenguaje. Lacan lo recuerda en el seminario *Aún*: “Sólo hay mujer excluida de la naturaleza de las cosas que es la de las palabras”. (Lacan, 1981:89). Pero también con el asunto del saber. Frente al poder sostenido por la mujer, por las mujeres, se les ha tratado de mantener en la ignorancia. Ellas, en estos mitos y leyendas, introducen una desarmonía que rompe la armonía fálica entre los hombres y los dioses, armonía ligada a la identificación de los hombres a los dioses. La armonía es la creencia que se hace del Uno fálico. Lo femenino, dice Morin, es este principio separador que tiende a la intromisión de lo sexual que va contra el Uno fálico y contra el hastío introduciendo el Otro sexo y la alteridad.

Para finalizar citaré el comentario de Isabel Morin sobre el sueño de una paciente fóbica, la Señora C., con el cual esta mujer inaugura su análisis, retirando de entrada –sin que ella lo sepa y antes de contarlo– la máscara de su madre que cubre lo femenino. En el sueño su madre aparece bella y “sexy”, vestida con un traje negro ceñido y descotado, presentando todos los señuelos de la seducción femenina. En un bar les anuncia a ella y a sus hermanos que los deja. Los niños se acurrucan, desorientados (*medusés*) detrás del padre. La Sra. C. dice estar sorprendida de su madre como mujer, pues jamás había pensado en su madre como una mujer. Precisa que en el sueño el padre les protege de la madre, pero ¿responderá, sin embargo, este padre a su deseo? Es la soñante quien produce esta construcción y el deseo del sueño es el de ser protegida por el padre de esa mujer. En el sueño, el padre está tan desorientado y sorprendido como los niños. Para la paciente se impone el significante *médusée*, lo que significa quedar petrificada, como ante la cabeza de Medusa, pues para Freud la multiplicidad de serpientes sobre la cabeza recuerda la castración/privación femenina que seduce no sin riesgos. Lo que resuena en esta figura de la seducción, es la división entre la mujer y la madre (Morin, 2006: 296).

En la fobia se trata de una frontera, de un límite, no entre lo imaginario y lo simbólico sino entre lo simbólico y lo real. El desencadenamiento de la fobia en los primeros años de la infancia está ligado a la intromisión del goce fálico en el cuerpo (el caso de Juanito cuando tiene las primeras erecciones) como de una cosa extraña y hostil de la cual el infante no tiene ninguna coordenada simbólica para explicarlo. Se asusta hasta el punto de sentir que el espacio se convierte en un abismo. De eso es de lo que habla Freud como un agujero irreparable en el psiquismo. Es universal para todos y todas, hombres y mujeres.

¿De qué tiene miedo un sujeto? Freud responde en 1932, que tiene miedo de su libido. Lacan en 1962, precisa: del goce cuando el niño o la niña no tiene los medios simbólicos para tratarlo, para darle una significación en el orden de su mundo.

Intentamos, por el momento, una conclusión que nos sirva de cierre de esta reflexión. Situar la fobia en esta problemática del límite entre lo simbólico y lo real es poner el acento en el espacio que ese agujero instauro entre lo real y lo simbólico. La irrupción del goce viene a inquietar, a confundir lo que pasa en el cuerpo y en el espacio, pues la relación del niño con su madre no ha producido una separación realizada antes de que el falo faltante de la madre entre en juego. De allí la importancia del encuentro con un Otro en falta, una madre que no es toda.

Este encuentro con el goce viene a exponer algo que el niño y la niña deberán interpretar antes de un reencuentro ulterior. Esta delimitación interior y exterior es fundamental en la fobia ya que se trata de las condiciones y los efectos del lenguaje.

El goce parece tener un efecto de hacer de lo exterior algo peligroso. Franqueando ese límite confronta al sujeto a un sin límite. Se escoge, entonces, un objeto, para localizar el peligro con el fin de que el mundo sea vivible, el objeto es el límite. Se puede separar el interior del exterior, mejor aún localizar el exterior del interior en un objeto que, desde que se le nombra, establece un límite al goce que no puede ser metaforizado.

La fobia es junto con la angustia, afecto que no engaña, nos dice Lacan, el referente más seguro para conducir al sujeto hacia aquello que constituye lo más íntimo de su ser, pues insta una línea fronteriza contra la angustia, y ella determina lo real del cual el sujeto debe protegerse.

Referencias

Assoun, P. (2000) *Les phobies*. Anthropos. Paris.

Freud, S. (1973) "Orígenes del psicoanálisis". En *Obras completas*. Tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1932-1973) "La angustia y la vida instintiva. Nuevas Lecciones Introdutorias al psicoanálisis". *O.C.* Tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Lacan, J. (1994) *el Seminario Libro 4 "La relación de objeto"*. Paidós. España

Lacan, J. (1972-1981) *el Seminario Libro 20 Aún*. Ateneo de Caracas/Paidós. Caracas.

Lacan, J. (1969-2008) *el Seminario. Libro 16 "De un Otro al otro"*. Paidós. Buenos Aires.

M. Miranda et al. (2013) "Edvard Munch: enfermedad y genialidad en el gran artista noruego". En *Revista Médica de Chile* (2013). No. 141. 774-779.

Morin, I. (2006) *la phobie, le vivant, le féminin*. Presses Universitaires du Mirail. France.

Morin, I. (2015). "Las consecuencias de la fobia en el lazo social". En revista *Desde el jardín de Freud*. No. 15.103-113.

Rabinovich, D. (1983) *la teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. Fundación del campo freudiano en Argentina. Buenos Aires.